

El "Ariel" de José Enrique Rodó

Ariel, genio del aire, "preso en bronce", está también contenido en la serena prosa de este sermón laico que Rodó, en el pináculo de su talento, dedicó a la juventud de Hispano-América. Si alguna vez se ha cantado con mística unción la supremacía del alma sobre la materia, ha sido ésta, que recuerda tanto a la sátira casi postumista de Renán, amargado por el triunfo momentáneo del bajo espíritu. Rodó no pronuncia su discurso ante la juventud que lo escucha absorta, pendiente de la magia amable de su palabra: lo oficia. Vaso repleto de miel dulcísima, sólo sabe dar lo que guarda, suavemente, como un río que se desliza por un plano insensible, entre dos orillas pulidas y armoniosas. No hay una duda que como una piedra forme un remolino que enturbie la dulce corriente. Desde el principio al fin, el mismo tono discreto, la misma frase cálida, el mismo giro musical en que se adivina el horror por lo detonante, lo nervioso y lo inesperado. Se comprende que marcha sin brusquedades por una ruta fácil que no llaga sus pies, y que sus ojos están fijos en una estrella que lo atrae con fuerza irresistible. Si el

secreto de la transmisión de ideas y sentimientos ha querido hallarse en el espectáculo contagioso de la autosugestión, nadie se ha presentado a la lucha con mejores armas que Rodó, enteramente poseído por su vasto ensueño, primera víctima de su propio culto. Ha convertido el aula en templo, y en él, desde una penumbra discreta y agradable predica a la inquieta floración humana que pronto enajará en fuerza integral, las buenas parábolas de su evangelio. Sujeta con mano firme aunque acariciadora el petro piafante de ardientes remos y lo inicia en los primeros misterios de su responsabilidad, y deja en él, como una espina clavada, la conciencia de los deberes ineludibles que poco a poco doblegarán sus espaldas, a medida que la existencia vaya tomando la forma de una estatua en la que grave sus líneas inmutables el incompasivo cincel del tiempo.

"Ariel" apareció por primera vez en 1900. Rodó no contaba entonces más que con veintiocho años. Pasa a pensar que estuviera ya en sólida virilidad intelectual y que su cerebro hubiera podido adquirir el reposo, la sobriedad y el equilibrio. — dones de adulto, — en plena juventud física todavía. Es verdad que antes había ofrecido a la admiración de sus contemporáneos varios trabajos repletos de savia jugosa, de erudición selecta, y estremecidos por una noble inquietud estética. Se impulsó de golpe porque tenía que ser así en un ambiente de fáciles improvisadores, de perezosos imaginativos, de infecundos iconoclastas. A través de su prosa cadenciosa, se descubre al medi-

tativo agobiado por sus nobilísimas preocupaciones, buscar la fuente sellada, golpear la Estingre munda, con voluntad indomable, lleno de alegre esperanza. Un impulso irresistible hizo de su juventud un noviciado austero y se recluyó en compañía de los grandes espíritus a la edad en que todos los demás dispersan sus energías desbordantes en locas y desaforadas empresas o vibran como arpas senoras a la caricia profunda del Amor. Para la vida tuvo siempre Rodó una mirada avieja, como de viejo, como convencido de la inferioridad de sus presentes ante los que gustaba sibaríticamente en el tibio rescoldo de su pacífico estudio. Arrastró su materia como un fardo del que no se puede prescindir, olvidándose totalmente de ella y teniendo para sus imperiosidades, cuando más, el gesto resignado del que cumple a la fuerza. Pero su visión fija en deslumbradoras perspectivas, decoró su existencia con generosas compensaciones y llenó su alma de músicas inefables y lo nutrió con el sustancioso grano de la sabiduría. El ocio, — actividad aristocrática, — que con tan sugestiva elocuencia aconseja, no fué para él un oasis bienhechor y tranquilo entre el mar agitado y tempestuoso de la vida. Fué su vida misma, su noble labor, su vocación ardiente contra la cual no tenía defensa. Si alguna vez intervino en los asuntos públicos, hizo suyas las incógnitas comunes e intentó compartir las inquietudes de las muchedumbres, no dejó por eso de habitar su país de ensueño, al que hubo de retornar al fin, asqueado y herido, después de una áspera lucha sin gloria y

sin premio. De su contacto con los hombres no llevó sino recuentos brutales de feos luchas en que se agotan todos los medios; de encuentros sin piedad, sin belleza ni encanto. Su ideal helénico de la vida no podía conformarse a la realidad y por eso, aunque luchó con ingenua buena fe, hubo de retirarse vencido sin que se le comprendiera, después de una larga tarea estéril, pero sin comprender él tampoco, sin afinar un momento a como ha de moldearse la masa humana para esperar de ella las más ruidosas cosechas.

— Yo seré el espíritu intermitente de la Naturaleza. Seré el azul del mar, la vida de la planta, el perfume de la flor, la blanca nieve de los ventisqueros... Necesito de besos más castos. Todo idealista será mi amante; toda alma pura será mi hermana; yo seré la nieve virgen del seno de las jóvenes; seré rubio en sus cabellos de oro. Floreceré con la rosa, seré verde en el mirto, perfumado con el clavel, pálido con el olivo. Estas palabras son de Renán completando el símbolo de Shakespeare. Ariel es, pues, la poesía. En cuanto a Rodó, lo describe así: "Ariel, genio del aire, representa en el simbolismo de la obra de Shakespeare la parte noble y alada del espíritu. Ariel es el imperio de la razón y el sentimiento sobre los bajos estímulos de la irracionalidad; es el entusiasmo generoso, el móvil alto y desinteresado de la acción, la espiritualidad de la cultura, la vivacidad y la gracia de la inteligencia, el término ideal a que asciende la se-

iección humana, rectificando en el hombre superior los tenaces vestigios de Calibán, símbolo de sensualidad y torpeza, con el cincel perseverante de la vida". Para su oración a la juventud, Rodó ha cristalizado en un símbolo su ideal, en un símbolo de immaculada pureza que puede concentrar ante la atención de los discípulos una norma definitiva y señalarles una senda de la que no habrán de volver ya. El escritor es, así, un profesor de moral, con los labios desbordantes de miel, un maestro que hace pensar en el Akademos y en el Gimnasio y que perpetúa en nuestra edad de oro y democracia la leyenda de los inmortales pensadores de la Hclade que lo eran también de Hinetos. En "Ariel" la moral se despoja totalmente de su carácter dogmático o religioso y se acomoda a la estética como el licor al ánfora que lo aprisiona. El buen gusto, la suavidad, el horror por lo vulgar y lo grosero, el cultivo del reino interior, el ocio que debe ser pensar, soñar y admirar, tales son los vértices de esta doctrina que destinó a florecer en el jardín de la juventud, normas de conducta simples y severas como las líneas ascensionales de una columna dórica. Verdadero programa de aristos que no plasmará jamás en la mayoría de los hombres y que mucho menos todavía, comprenderá la juventud que se caracteriza precisamente por el obrar apresurado y violento, por el desdén a lo pulcro y a lo medido y por el ólio al ocio.

Quiere antetodo Rodó, desarrollar en la juventud el ideal estético, el buen gusto armonioso, la comprensión de los ritmos profundos y encantadores de la belleza. Toda la primera parte de "Ariel" orienta su proa hacia los países del arte y es como un blanco propileo de las demás. "Yo creo indudable, — afirma, — que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecho media jornada para distinguir lo malo de lo bueno". He aquí un concepto de la ética hasta cierto punto original, concepto que también puede extenderse, — desde que son ciencias que en gran parte dependen de la ética. — a la Política y a la Sociología. Por eso protesta suave pero firmemente, contra los avances de la grosería materialista que invade todos los días nuevos dominios, empujada por un falso concepto de democracia que es igualdad de derechos frente a la colectividad, pero que no puede ser nivelación de aptitudes. Democracia morbosa la llama ese joven y admirable Ortega y Gasset en una requisitoria amarga e inspirada en la cual se coloca casi en el mismo plano del autor de "Ariel". "Al amparo de la noble idea de la democracia — dice Ortega, — se ha deslizado en la conciencia pública la perversa afirmación de lo bajo y de lo ruín". Tal peligro quiere evitar Rodó, peligro en el cual es más fácil que caigan las juventudes americanas, en sociedades que carecen de la base de una cultura secular, en pueblos que van creciendo al azar, a tropezones, sin plan ni contralor, abiertos y propicios a las fáciles sugerencias del

instinto, más imperiosas que las del sentimiento y que las del intelecto. No hay más que arrojar una mirada sobre nuestra juventud de hoy, absorbida por subalternas preocupaciones, para comprender hasta que punto tiene razón el noble afán del suave maestro. Lo grosero es humano también, quizá lo más humano desde que es una emanación vital de la misma animalidad. Pero la cultura que ha hecho posible la vida creando el Derecho, nos aleja cada día más de la bestialidad primitiva, sin violar la génesis de donde partimos. La historia del progreso humano no es otra cosa que la historia de nuestro perfeccionamiento paulatino y seguro, entendido como una liberación de las realidades arcaicas. Fantaseaba generosa y brillante pero erróneamente Juan Jacobo cuando aconsejaba el retorno a la Naturaleza virgen, sólo propia a los animales y a los salvajes, incapaces de entenderla ni de adaptarla. Allí donde existe una chispa de inteligencia búscase de inmediato la armonía y el equilibrio que parece desconocer la Naturaleza. ¿Quiérese nada menos natural desde el punto de vista originario y estático que el Arte y la Ciencia, esos dos pilares fundamentales de nuestra civilización caucásica, dominadora de la tierra entera?

Resiéntese "Ariel" en esa parte, sobre todo, de indecisión, de falta de virilidad y energía. Es una divagación erudita que no dejó detrás de sí, sino el recuerdo de algunos conceptos felices vertidos en frases brillantes. Pocas veces se ha llegado en nuestro idioma a una calencia tan dulce

en el enlazamiento de las palabras. Las frases brotan serenas sin presentar la violencia de los saltos bruscos ni la inmovilidad malsana de los estanques. Las metáforas abundantes y oportunas contribuyen a aclarar los conceptos oscuros y difíciles y abren amenudo floridas ventanas a los anchos panoramas de la poesía. La lectura de esas páginas impecables hace el efecto de un baño tibio y adormilador. Porque la prosa de Rodó, — y ese es el defecto capital que le hallo, al emplearla en una empresa de entusiasmo y de orientación, — es de una impasibilidad superhumana. Las palabras que se deslizan sin una inharmonía, no son las más apropiadas para despertar el instinto generoso que debe estremecer la sangre impaciente de los brazos nuevos. Ninguna imperfección perdona en el claro cristal del estilo, pero tampoco se deja llevar por la pasión ni por la espontaneidad que caracterizan la acción dinámica y fecunda de la juventud. Esa perfección alcanzada por un cultivo paciente y extraordinario del intelecto no deja falla posible para que se introduzca en los cerebros ni una gota del espeso vino de la sagrada demencia pasional que ajita en los corazones humanos violencias angustas y que es el único impulso renovador capaz de modificar el aspecto de las cosas y de extraer ignorados países de la incógnita inexplorada de los neósmos desconocidos. "Ariel" no impulsa a la acción sino a la meditación, lo cual no es propio de la edad en que todo arrastra al asalto, al amor o al sacrificio en una especie de embriaguez irresistible y vibrante. Hu-

biera sino necesaria más vivacidad en sus palabras, más robustez, más fanatismo, más de ese fanatismo que lo horroriza al verlo aplicado a principios que lo disgustan, pero que es, ha sido y será siempre el nervio de acero de todos los avances colectivos, la causa primera de todas las realizaciones morales, religiosas y políticas y del cual escribió Darío en un momento de luminosa sinceridad: "el fanatismo en cualquier terreno, es calor y la vida; indica que el alma está toda entera en su obra de elección. El fanatismo es el soplo que viene de lo alto, luz que irradia en los nimfos y aureolas de los santos y de los genios". Así se explica que Renán admita que el cristianismo triunfó en el mundo pagano, no por Cristo, figura débil y decorativa, sino por Pablo, ese fanático enérgico e iluminado que había de repetirse siglos después en Pedro el Ermitaño y en Ignacio de Loyola.

Hay en "Ariel", exageración de intelectualismo y falta de comprensión, cuando no imperdonable desconocimiento de los gravísimos problemas que perturban la conciencia de la humanidad contemporánea. Hay momentos en que la disertación parece dirigirse a seres de otro mundo. Nutrido por Renán, Guyau, Emerson, Comte, Tarde y Carlyle, ha quedado evidentemente un poco atrás, no en el mundo del pensamiento que no tiene época, sino en el de las soluciones sociales. No parece darse cuenta exacta de la complejidad del mundo moderno y no habiendo descendido a tiempo al estípiteo de la vida, como diría Almafuerte, dejó cristalizar en su cerebro una visión

falsa y totalmente subjetiva de la realidad. Arremete, — con Comte en la mano, — contra la división del trabajo que obliga al hombre a llevar a cabo una tarea sola, lo que produce “espíritus muy capaces bajo un aspecto único, y monstruosamente ineptos bajo todos los otros”. Este argumento, repetido por Le Bon, no indica sino una consideración superficial y caprichosa. Confesta victoriosamente Novicow: “Cuanto más automático es un trabajo, más libre es la inteligencia que lo realiza. Cuando la mano ejecuta inconscientemente la tarea diaria, nada impide a la imaginación trabajar y remontarse a las regiones más elevadas”. La división del trabajo ha sido impuesta por el maquinismo, y éste no es más que un aspecto de la producción de la riqueza y de la cultura superior. ¿No hace girar Marx toda su teoría del materialismo histórico alrededor de la clase de medios de producción de que ha dispuesto el hombre en las distintas épocas? La división del trabajo, fenómeno eminentemente contemporáneo, no sólo liberta espiritualmente al trabajador sino que al hacerlo infinitamente más productivo, acorta las horas de su tarea y le permite que su vida sea mucho más digna, más variada, más bella, más humana. Debería probar Rodó, — por ejemplo, — que el trabajador del campo, entregado a una labor integral de distintos aspectos, es más inteligente, más apto, más progresista que el obrero de las fábricas o que el profesional y que es por lo tanto una cifra de mayor valor en el campo social en que actúa.

Alucinado por Atenas, la presenta a menudo como un ejemplo único para la juventud. También en esto pisa un terreno sin consistencia. Por mucho que los espectáculos que nos ofrecen los pueblos ya desaparecidos en la historia, sean atractivos y sugestivos, es servil y estéril su imitación. Recordemos unas frases de Rafael Barrett: “tal vez nuestra época deje de ser cristiana pero no sería para volver al paganismo helénico. ¿Volver a Grecia? ¡qué horror!” Hay una diferencia formidable entre el hoy y el ayer. Maquiavelo quería inspirar los programas de instrucción en el espectáculo de la vida pública de Atenas. Los ingleses deberían levantarle una estatua por no haber realizado semejante pensamiento... Nuestro deber está en crear una civilización nueva, en remozar los viejos moldes con la audacia triunfante de nuestras iniciativas. La vida no es una contemplación sino una acción. No habremos cumplido con nuestro destino si sólo hemos atinado a copiar ejemplos ilustres que, por otra parte, llegan hasta nosotros modificados por el cristal deformador de la distancia. Miramos así las edades que fueron y nos las representamos incompletamente. La historia del pueblo ateniense es admirable, sin duda, pero sus características no nos prestarían hoy utilidad alguna. Estamos mucho más allá de sus políticos, de sus Licurgos y Pericles, de sus artistas, de sus Homeros y de sus Praxiteles, de sus sabios, de sus Platones y sus Sócrates. Cuando la recordamos, suprimimos a sabiendas sus defectos, sus lacras, sus imperfec-

ciones. Otro criterio parecido es el de aquellos que en alas de la imaginación ven en la Edad Media otra época superior de la Humanidad, superior a la actual, se entiende, no interpretándola sino como propicia a los héroes y a los caballeros: Rolandos y Bayardos. Carlos Roxlo, ha escrito unos versos en que desarrolla ese pensamiento ingenuamente unilateral, diciendo en cambio una verdad incontrovertible: que él no es un hombre de nuestra época de hierro y socialismo. Debemos sostener la primacía de nuestra época sobre las pasadas salvo el confesar nuestra esterilidad y nuestra impotencia. De mi parte creo que ninguna ha existido como la presente, más activa, más viviente, más sonora, más multiforme, más artística, con sus multitudes agitadas por vastos y formidables ideales de perfección, con su ciencia imponente y maravillosa que roba cada día a la Naturaleza un secreto que tenía celosamente guardado, y con su solidarismo admirable y promisor. Ninguna época más variada, más rica en acontecimientos, más rebelde, más humana. Debemos enorgullecernos de haber nacido en ella.

“Cuando el sentido de la utilidad y del bienestar domina en el carácter de las sociedades humanas con la energía que tiene en la presente, los resultados del espíritu estrecho y de la cultura unilateral son particularmente funestos a la difusión de aquellas preocupaciones paramente ideales que siendo objetos de amor para quienes los consagran las energías más nobles y preservamos de su vida, se convierten en una remota y

quizá no sospechada región para una inmensa parte de los otros”. De estos párrafos emerge, clarísima, una caprichosa subversión de la realidad. Los grandes pueblos de la historia, los que lograron a las edades subsiguientes imperecerlos tesoros de su existencia, los fecundados en todos los campos del Arte y de la Ciencia, fueron siempre pueblos enriquecidos por el esfuerzo humano, pueblos que desarrollaron y conquistaron sus riquezas por su labor material y su aspiración primogénita por el bienestar. ¿Qué son, al fin y al cabo, el Arte y la Ciencia sino aspectos superiores del bienestar? Olvidase demasiado amenado en Sociología la acción frecuentemente decisiva de los factores estáticos para concentrar en la inteligencia aislada, — algo así como una chispa divina — todo el mérito de los positivos avances. Grecia era ambiciosa y rica, tenía una posición geográfica admirable, su clima era dulce, suave y cordial, y de un lado las montañas la defendían de los bárbaros mientras que de otro el mar azul era una fácil ruta hacia las opulentas factorías mediterráneas. Sus hijos eran productores, comerciantes y marinos. Su actividad brillante e incesante, sus audacias y su inteligencia explican a Platón y a Anacreonte, a Pericles y Demóstenes. El siglo de oro español surgió tras la victoria militar sobre los moros y tras la unión nacional jurada ante la ruina del trono del último de los califas y no obedeció sino a empresas políticas, que bien materiales e inmediatas son. Y cuando España empobreció, agotada por América — aventura demasiado

grande para su robustez — y por los errores mortales de la expulsión de sus moros y sus judíos, que eran los únicos que se ocupaban en la península de esas cosas puramente materiales que asquean a Rodó, descendió rápidamente en todos los órdenes de la vida colectiva, sobre todo en la capacidad intelectual. Las Francias más brillantes del Arte y del pensamiento, fueron paralelas a las grandes conquistas materiales de sus habitantes y hasta, para un buen observador, productos directos de ellas. El sentido de la utilidad material domina en nuestra época a los pueblos como lo dominaba ayer, como lo dominará siempre a no ser que se debilite en ellos el instinto de conservación y les sea indiferente morir. Lo que sucede es que en el estudio de las sociedades que fueron se recurre a los ejemplos de los ciudadanos griegos y romanos y de otras nacionalidades, en que la labor material era obra de esclavos, parias y siervos, células inferiores de la sociedad que se ocupaban de los muy humildes pero muy imprescindibles menesteres, mientras los señores invertían su ocio forzado en guerrear, en filosofar o en galantear, tareas reservadas a caballeros y no a esclavos. Y se olvida, cruelmente, al lado de esa minoría todo lo brillante que se quiera pero alimentada, vestida y sostenida por la masa sin personalidad, a toda esa gran mayoría desdeñada por los filósofos helénicos y azotada por los señores romanos, que fué en esa época como lo será en todas — pese a Carlyle, — el verdadero pilar, la obrera por excelencia de la civilización.

Nuestra edad moderna se caracteriza más que ninguna otra, por la desaparición progresiva de esos brillantes privilegiados que podían dedicarse por completo a las más altas tareas por obra de la sumisión inquebrantable de las multitudes. El desce del bienestar material es superior al de otras épocas por la sencilla razón de que es más accesible a todos y porque los nuevos evangelios democráticos, santamente niveladores, afirman el derecho a gozar de la vida por la simple calidad de hombres. Esa ansia será todo lo brutal y antiartística que quieran los pudibundos estetas, pero envuelve un ideal de mejoramiento de la existencia que ellos mismos no pueden negar por mucha sutilidad que empleen en sus razonamientos. No puede haber discusión ninguna entre si es superior una humanidad ambiciosa que labora febrilmente para hacer una vida más descansada, más bien nutrida, más variada, a otra en la cual la gran mayoría se resigna a la miseria sin esperanza, a la esclavitud sin redención. Allí está la belleza de la lucha, la poesía de la ascensión hija del esfuerzo y del trabajo; aquí el dolor oscuro e irremediable, la oscuridad eterna, la fealdad y la muerte.

No se quiere convenir tampoco, al juzgar las realidades del presente momento histórico, en que nos encontramos en plena época de transición entre un mundo, el cristiano, que muere y otro mundo, no sabemos cual que amanece. Y a las épocas de transición, a semejanza de aquellos fabulosos cataclismos que ocupan los espacios entre las

grandes eras geológicas, corresponden luchas ásperas y enconadas, vastos combates, batallas continuas y mortíferas. Todas las grandes civilizaciones han culminado a su debido tiempo, cuando su período normal de crecimiento hubo concluído, y no en plena gestación. Rodó no parece darse cuenta de esta verdad tan sencilla, para comprender la cual no es necesario disponer sino de sentido común. E insiste en aconsejar a la juventud de nuestro tiempo las virtudes adultas de los pueblos que llegaron a la serenidad de sus destinos alcanzados, a la sensatez natural que da la experiencia propia, erigida sobre infinitos tropiezos e infinitos triunfos. No serían pueblos nuevos éstos si sus hijos pudieran compararse en méritos sustanciales a aquéllos que dieron lustre a los más adelantados pueblos que recuerda la historia. Cumplen con su misión hoy, edificando penosa pero alegremente los cimientos de una civilización que cuando llegue a su plenitud tendrá su cultura y su arte originales, su ética superior y su concepto propio de la vida. Aquéllos, podrán entregarse al ocio que aconseja Rodó como refugio liberador y leanto del espíritu. Entre tanto, los brazos hoy no deben descansar mientras haya selvas vírgenes, campos improductivos y desiertos, mares inexplorados; mientras lejanos y misteriosos oestes ofrezcan a la audacia del hombre bravo y fuerte, la sugestión maravillosa de sus peligros desconocidos; mientras todo sea, como lo es todavía, un estímulo provocador de las energías vibrantes, un mar

abierto generosamente al filo agudo y alegre de las proas viajeras!

La segunda parte de "Ariel" constituye una catilinaria suave pero inflexible contra la democracia triunfante. Espiritu selecto y armonioso, desearía ver al mundo ordenado por otras manos y convertido por la aristocracia del talento, ciegamente obedecida, en algo así como una bella estrofa sin disonancias. Aunque intenta refutar a Renán, cuando éste cierra, en un libro implacable, contra los avances de la pacibocia proudhoniana, no hace más que apuntalar con nuevos argumentos la tesis aristocrática del filósofo francés. Al principio ensaya una defensa de las cosas tales cuales son, esgrimiendo un razonamiento que inmoviliza a todos los posteriores, pero apesar de ello vuelve hacia atrás e insiste en el gesto asqueado, el desprecio severo, la condena irreductible. Alármalo la facilidad con que triunfan los mediocres, como escalan los puestos que deberían reservarse a los espíritus de excepción, capaces de orientar a las sociedades hacia sus verdaderos destinos. "La selección espiritual, el enaltecimiento de la vida por la presencia de estímulos desinteresados, el gusto, el arte, la suavidad de las costumbres, el sentimiento de admiración por todo perseverante propósito ideal y de acatamiento a toda noble supremacía, serán como debilidades indefensas allí donde la igualdad social que ha destruído las jerarquías imperativas e infundadas, no las sustituye."

ye con otras que tengan en la influencia moral su único modo de dominio y su principio en una clasificación racional." De ahí, pues, la necesidad de las jerarquías naturales que ha querido y pretende hacer desaparecer la democracia, imponiendo la voluntad del mayor número y haciendo desaparecer bajo el torrente despeñado de la cantidad, el oro solitario de la calidad. "La multitud, la masa anónima, no es nada por sí misma; será un instrumento de barbarie o de civilización según carezca o no del coeficiente de una alta dirección moral". Hay en estos párrafos un rincón latente de absolutismo que se burla, lleno de ironía, del aristócrata que en vano intenta disfrazarse de democrata. El coeficiente moral se desprende de la multitud misma y el desdén hacia ésta en nombre de las virtudes superiores de los elegidos por el destino, sería semejante al desdén de la flor orgullosa por la tierra humilde que la ha nutrido a través de los vasos de la planta, en tarea oscura pero noble, y, sobre todo, insustituible. La masa humana siente latir su razón de ser en sí misma. Equivócanse los ególatras que se creen formados de una pasta distinta cuando en realidad su único rol social es el de servir los intereses de la muchedumbre, sola razón por la cual la Naturaleza los ha hecho dueños de medios excepcionales. El predominio del número no es innoble como lo sostiene Rodó, pues, a admitirlo condenaríamos de inmediato a la Democracia que no es, específicamente, otra cosa. La ley de las mayorías que rige cada vez con mayor eficacia no sólo los actos elec-

torales sino que orienta en todos los sentidos la conciencia social de los pueblos, es la única que puede apoyarse en el fuerte bastión de la justicia, a no ser que se admita la división en castas, que en el presente caso serían la de los inteligentes y la de los mediocres o vulgares. No hacen un razonamiento muy distinto los monárquicos de nuestro tiempo para demostrar con razones atendibles la necesidad del trono y de la nobleza, clase naturalmente dueña de la facultad del mando en beneficio de la comunidad, incapaz de orientarse por sus propios medios. Las multitudes son más o menos inteligentes según los pueblos y las épocas, y esa misma Grecia en la que Rodó se extasia, pagó muchas veces con ingratitudes mortales,—pruebas de bajas incompresiones.—la obra de sus más grandes políticos, guerreros y filósofos, sin dejar por eso de ser un pueblo inteligente y despierto. El predominio del número no puede ofrecer peligro ninguno y hasta puede llegar a constituir una garantía para los verdaderos valores si la educación prepara y afina a las muchedumbres con su agudo cínico. La evolución social, inflexible como la física, se cumple siempre en sus oscilaciones normales. El genio es resistido por las muchedumbres porque es un precursor pero al fin es admitido por ellas mismas, con lo que queda paga la deuda. No tienen razón Ibsen, ni Nietzsche, citados por Rodó e inspirados en un feroz e inhumano individualismo. Otros grandes constructores de sistemas, espíritus geométricos, acuden a su evocación. Están entre ellos Carlyle, Comte, Renán,

Taine, Emerson. Faltan Chateaubriand, De Maistre, Bossuet. Y a lo lejos, en la penumbra, se divisa el gesto agrio y autoritario de Hobbes...

No participo de los temores de Rodó referentes a la facilidad que presta la Democracia al encumbramiento de los mediocres. En todas las organizaciones sociales ha ocurrido algo semejante. La vida misma depura y selecciona, y lo hace con mayor facilidad y con mayor éxito cuando todos los hombres pueden aspirar dentro de la legalidad a las más encumbradas situaciones y cuando a la emulación no se le atraviesan obstáculos odiosos e insalvables que limitan la ambición y coartan el estímulo que debe rodear, para hacerlos más fecundos, a los verdaderos valores. Sólo la Democracia puede llevar a la dirección de los destinos de un pueblo a sus hombres representativos por más que amenudo los pueblos se equivocan lamentablemente al elegirlos, por falta de serena depuración o por la incompetencia en que los mantiene su ignorancia. Paul Adam observa, también él, que los grandes pueblos eligen mal a sus gobernantes. "La vida de las naciones, — dice, — depende de sus mediocres, de sus intrigantes, de sus retóricos, de sus personajes brillantes pero insuficientes para desempeñar misiones de importancia. Es preciso que aparezca una doctrina capaz de destruir el prestigio de los mediocres y confiar el destino de los pueblos a los más elatocidentes, a los más inteligentes. El problema es capital. De su solución necesaria depende el porvenir de la Humanidad. Es preciso que se liberte de su fe en los

mediocres, de su repugnancia por los espíritus superiores". Hay en Paul Adam la misma vaguedad que en Rodó cuando se trata de definir a esos espíritus superiores y de señalar los medios de que disponen los pueblos para descubrirlos y comprenderlos. Lo provechoso no es precisamente indicar normas, que en ese fácil terreno todos sabemos fabricarlas brillantísimas, sino hacerlas accesibles, darles vida, conseguir que prosperen como plantas de arraigo en el humus social. La política es una ocupación totalmente estéril y exige condiciones especialísimas que muchas veces los hombres que llamamos de talento, están lejos de poseer. Además, la política, como todas las demás actividades que acercan íntimamente a los hombres no es para todos. Hay que revolver demasiado fango, sufrir demasiadas impertinencias, y que diluir, digámoslo de alguna manera, la propia personalidad en la masa anónima agitada por fuertes pasiones, y a menudo irresponsable. Ni Rodó — que fracasó en política, — ni Paul Adam resistirían mucho tiempo a semejantes pruebas, lo que no quita que, cómodamente, en libros elocuentes, se permitan señalar rumbos que no se podrán seguir desde que no tienen en cuenta los factores vivos, que son los que deciden la marcha de los pueblos a través del laberinto de la historia.

El error de Rodó, — error que hace estéril toda su doctrina sociológica y convierte a "Ariel" en un simple sermón literario sin demasiado trascendentes consecuencias para la vida, — reside en haber concedido exagerada importancia al simboló-

espiritual de Ariel — esclavo del hombre de la obra de Shakespeare, — suponiendo que él solo puede y debe bastar para inspirar la existencia humana. Al lado de Ariel, — si bien en su extremo opuesto, — colocó Shakespeare a Calibán, todo apetito instintivo, materialidad brutal, grosería y estupidez. Francisco García Calderón cuenta una entrevista que tuvo con Maeztú en la cual éste interpretaba los personajes del gran dramaturgo inglés en una forma, a mi parecer mucho más sensata. “Discutiendo conmigo sobre la interpretación que hacía del símbolo de Ariel y Calibán en un libro mío, Maeztú me hizo comprender su excelente sentido de las realidades. Para él no debamos olvidar a Próspero ni idealizar demasiado la obra de Shakespeare. Hay que servirse de Ariel y Calibán a la vez. Próspero, — el hombre, el pueblo, la raza, — no puede ser exclusivista. Ingeniosamente me decía que Shakespeare se sirvió de Ariel y de Calibán, de su genio y de sus habilidades de empresario para reconquistar unas tierras suyas, viejo hidalgo arruinado, en Stratford-Avon. Cuando las hubo reconquistado olvidó a Ariel y a Calibán y vivió feliz como el Próspero de su drama. Las ideas, los instintos, las riquezas son medios; la vida es el fin, bello fin en verdad...” El desdén por la mediocridad puede ser muy lógico y hasta perfectamente justificado desde el punto de vista individual, refiriéndose a un solo aspecto de la vida. Pero resulta estéril y vano cuando se trata de asuntos de orden colectivo, cuando el escritor se refiere a los intereses

de esa mediocridad, que es la misma humanidad. Calibán, representante de ella, es maltratado siempre por Rodó como lo fué por su maestro Renán, sin darse cuenta que es imposible imaginar manera más torpe de enseñar a la muchedumbre que humillándola con la invectiva o el desprecio. Podrá argumentarse que en “Ariel”, Rodó se dirige a la juventud intelectual a la cual arma, como a los caballeros antiguos, en la orden de la dirección de la cosa pública. Pero semejante criterio no puede admitirse desde que la Democracia dejará de existir desde el mismo instante en que se eduque para el mando a una clase cualquiera de la sociedad, aunque sea la más preparada y la más inteligente. El conocimiento de muchos libros no capacita mayormente para dirigir una sociedad lo cual no quiere decir que sea un obstáculo para ello, como lo sostiene, colocándose en el otro extremo, Carlos Reyles. Los gobiernos de abogados contra los que argumenta Pérez de Ayala, llenos de buen sentido, en un artículo reciente, son más bien un peligro que una ventaja para nuestra América, pues llevan en ellos mismos todos sus defectos profesionales. Hoy por hoy, ese elemento que sale de nuestras universidades parece “a prima facie” el más indicado para ocupar los sillones de los parlamentos y para hacerse cargo de las carreras de los misterios; pero esa preminencia, — inevitable, — supone un gravísimo peligro para el desarrollo ascensional de nuestros jóvenes pueblos americanos, condenados todavía a funestos errores que retrasarán considerablemente su evolución.

No es ese, otra cosa que el peligro de entregar a una clase cualquiera de la sociedad la dirección de sus destinos. Todo monopolio o simplemente toda preferencia, debe ser juzgada como un atentado contra la democracia en la única forma en que debe interpretarse y practicarse.

El ideal de Rodó parece ser una república aristocrática, ya que negar total y abiertamente la democracia sería hoy en día, en América, un riesgo sin compensación. Su vida pública confirma esa sospecha por cuanto combatió incansablemente contra los extremos a que llegan aménudo los fanáticos reaccionarios y los fanáticos demagogos. Presidió una importante manifestación popular librepensadora que hizo sentir bien alto la indignación de Montevideo contra el fusilamiento de Ferrer y criticó también en una serie de artículos sensacionales la expulsión de las imágenes de Cristo de las casas de caridad. Pero no siempre se halló en ese estado medio de tolerancia y de buen gusto. Era en el fondo un conservador a quien escandalizaban y atemorizaban las audacias de los partidos avanzados y que miraba con espanto los avances de las ideas de regeneración humana y de igualitarismo social. Por eso se encontró siempre fuera o en contra de los grandes movimientos populares que han estremecido también en nuestro país a las masas sufrientes. Creo que jamás comprendió en toda su vastedad la importancia de ese problema a causa de su poco contacto con la vida del pueblo, y de su actividad excesivamente cerebral, extática y con-

templativa. Tras sus gruesos lentes de miope se ocultaba una mirada vuelta hacia dentro, sólo apta a las caprichosas y cómodas creaciones del subjetivismo. Lo asqueó el igualitarismo, proclamando la necesidad de las jerarquías orientadoras y teniendo buen cuidado, como es natural, de colocarse él mismo en la categoría de los preparados para hacer efectiva esa orientación. Desconoció, a sabiendas o no, la estructura sustancial del alma humana, y quiso imponer, con un afán nobilísimo pero condenado a la esterilidad como toda obra que se aparta de la realidad, Ariel a Calibán, en vez de armonizarlos. ¡Cuánto más humano, y por lo tanto más fecundo, aparece el creador de esos personajes, que ha amasado la estatua de su inmortalidad con barro y diamantes, flores y estiércol! "Shakespeare, — dice Víctor Hugo, — es la misma antítesis. Los hombres no se deben ver en una sola de sus cualidades. Shakespeare, como todos los poetas verdaderamente grandes, ha merecido el elogio de ser comparado a la creación. ¿Y qué es la creación sino bien y mal, placer y dolor, hombre y mujer, rugido y canción, águila y buitre, relámpago y rayo, abeja y zángano, montaña y valle, amor y odio, anverso y reverso, corrección y deformidad, astro y cerdo, alto y bajo? La Naturaleza, es la eterna bifrente. Y esta antítesis, de donde nace la antífrasis, se observa en todas las costumbres humanas, en la fábula, en la historia, en la filosofía, en la lengua. A las furias se les llama Euménides, es decir: encantadoras; al fratricida se le llama Fi-

ladelfo, al parricida Filopator y a un gran general se le llamó el pequeño cabo. La antítesis de Shakespeare es eterna y universal, es la ubicuidad de la antinomia, la vida y la muerte, el frío y el calor, la justo y lo injusto, el ángel y el demonio, el cielo y la tierra, la flor y el rayo, la melodía y la armonía, el alma y la carne, lo grande y lo pequeño, el océano y la envidia, la espuma y la baba, el huracán y el silbido, el yo y el no yo, el objetivo y lo subjetivo, el prodigio y el milagro, el tipo y el monstruo, la luz y la sombra. Es la tenebrosa y fragante contradicción, el perpetuo flujo y reflujo, el eterno sí y no, la irreductible oposición, el inmenso y permanente antagonismo mediante el cual hace brotar Rembrandt sus tintas y Paracelso realiza sus prodigios. Si se quiere quitar al arte la antítesis arránquesele primero a la Naturaleza''. Es con esa antítesis, más clara quizá que en ninguna otra parte en el alma humana, que se ha de obrar si se quiere llevar a cabo una obra fecunda. Rodó la desconoció al humillar siempre con gesto despectivo los instintos que llamó, — como los santos padres, — materiales y groseros y que no sólo existen sino que son, para una mirada exacta y penetrante, el humus rico y húmedo en el que germinan los más altos y puros ideales humanos. Padebió de la ceguera de Renán, — aquel dulce fraile embotado por una educación clerical y un empeinado contacto con las edades muertas, — al creer que en Atenas existía "una igualdad de semidioses" y al deseársela como posible y conveniente para regu-

larizar en el futuro nuestras sociedades hispano-americanas.

Es una ingenuidad suponer que las muchedumbres y los pueblos pueden moverse con la sola espuela de las ideas puras. Los instintos, que constituyen la base indestructible de la vida, priman siempre en la orientación de las voluntades y en la dinámica interna que empuja a los hombres hacia fines que ignoran. No importa que oscuros laberintos psicológicos que no se conocen y quizá nunca se aclaren, permitan creer que la actividad mental pueda ser todavía, — como en el clásico dualismo filosófico que ahora pretende resucitar de sus cenizas la dialéctica peligrosa de Bergson, — independiente de la íntima palpación de la materia. No es preciso descender hasta el materialismo de Buehner, y ni siquiera hasta el monismo de Haeckel. La chispa de divinidad que creyeron ver las religiones en el hombre y a la cual denominaron alma, no es más que una manifestación, distinta si así se quiere, pero tan hija de la materia como todo lo demás. Y esa chispa, no puede operar nunca si no es rodeada de circunstancias favorables en un ambiente apropiado y sobre masas obedientes, adaptadas por leyes de ritmo oscuro y misterioso que se ocultan a nuestro alcance. Por eso todo no es sino una correspondencia armoniosa y el equilibrio se rompe cuando se olvidan o se desdeñan ciertos factores imprescindibles. Edificar en la arena, diría Jesús. De ahí la infecundidad de la prédica de Rodó en esa segunda parte de su famoso libro; de

ahí su inútil ataque a la democracia igualitaria y niveladora, fenómeno característico y básico de nuestra época vibrante y formidable. La sociología de Rodó podría clasificarse fuera de todos los sistemas creados, con un lejano parentesco, cuando más, con el psicologismo de Comte que más tarde prolongaron más juiciosamente Tarde y Ward, y titularse "sociología estética", risueña denominación que aquilataría por sí sola el error fundamental que la vicia. El arte y la cultura, que están en el orden natural del desarrollo de las sociedades humanas al final de todo, en el escalón más prominente de los progresos que es dable realizar y que son como el perfume sutil y quintaesenciado de los pueblos, producto laborado en largas centurias de ascensión, están colocados por este original razonador al principio de todo, como fuerza primera y punto de partida de la civilización. Quiere que la juventud americana, antes de satisfacer sus necesidades más exigentes, antes de hacer una historia, antes de acumular una cultura derivada como todas las demás del descanso y del ahítamiento de la carne, se dedique a ensayar el ademán discreto, la palabra suave, el pensamiento de buen gusto y a afirmar su criterio todavía no formado en los ásperos combates por la vida, hasta llegar a repetir los ejemplos ilustres de viejas edades que tan profundamente lo sugestionan. Así se explica la ineficacia de su prédica y que "Ariel" no haya llegado hasta el corazón mismo de las muchedumbres americanas y que sólo pueda considerarse como un

ensayo literario sin mayores consecuencias. Los valores igualitarios no han hecho más que crecer en intensidad y en extensión desde que fué escrito "Ariel", y al mismo tiempo que se desmonetizan día a día, inexorablemente, todas las jerarquías seculares, monárquicas y religiosas, las leyes humanas, obedeciendo a la presión de las leyes sociológicas minan la jerarquía del dinero, única que restaba aún, declarando a las fortunas individuales patrimonio social y reconociendo en el esfuerzo de todos el secreto de la propiedad material e intelectual de las naciones. Cae el noble y el sacerdote, representantes de lejanas realidades, y que existen todavía, aunque sin el prestigio y la influencia de otras épocas, gracias a la supervivencia de las ruinas. Y cae también el poderoso, el capitalista, el privilegiado, desconociéndosele francamente, como al genio en el orden intelectual, la aureola con que lo rodeó la ignorancia y la servilidad de las gentes. Todas las aristocracias desaparecen, sin que amanezcan otras nuevas a sustituirlas, que es lo que llena de pánico a Rodó, que no concibe el orden sin el reconocimiento y el acatamiento, consciente o no, hacia las superioridades. Carlos Octavio Bunge sostiene que ese hecho puede explicarse por la degeneración de las castas o clases dominadoras y por el gradual robustecimiento y eficiencia de las clases sujetas e inferiores. "Naturalmente, — dice, — mientras la especificidad mantenga superiores a las castas que mandan su dominación es justa. Se impone por la fatalidad de las leyes biológicas e

históricas. No así cuando los dominados alcanzan una energía vital mayor que la de sus decadentes conquistadores; entonces la dominación resulta, aunque no todavía injusta, por lo menos un tanto. Los inferiores dominan a los superiores. Y éstos, por su instinto animal utilitario se rebelan e inician una lucha de clases. La ociosidad de los victoriosos llega a ser el origen de su ruina y el trabajo de los sometidos, la base de su futura grandeza. El ideal de la lucha de clase, será luego, contra una aristocracia oprobiosa, una heroica tendencia igualitaria. Del mismo modo que las clases dominadoras inventaron antes el derecho a la desigualdad, las dominadas inventan ahora el derecho a la igualdad”.

He aquí la interpretación de un hecho social que, apesar de que no estoy de acuerdo con ella en su totalidad, no puedo desconocerle ni penetración ni exacto sentido de las realidades. Rodó no ha acertado a descubrir lo que rompe los ojos de cualquiera: que estamos en una época de depuración, de negación, de crisis profunda del Derecho y que es inevitable el entronizamiento cada día más completo de la muchedumbre por medio de la práctica cada vez más extensa de la Democracia. La gigantesca evolución económica realizada en el siglo pasado y continuada con fabulosa rapidez en el presente, es la que señala el ritmo a la ley inflexible. Las muchedumbres, cada día más ilustradas, más conscientes de su papel en las sociedades, más solidarias, se sienten más fuertes y atacan a las jerarquías que legó el pasado y las

vencen, según la observación de Bunge. No hay defensa posible contra ellas desde que no sólo disponen del número, decisivo en las luchas políticas, sino que disponen también del brazo que lo hace todo, tanto en el campo en que conduce el arado y levanta la cosecha como en las ciudades en que interviene en todo y a todo mueve con soberana energía. Lo que corresponde a un espíritu avisado y clarovidente no es encerrarse a buscar, como Rodó, en la serenidad del estudio aislado y confortable, las jerarquías que deben sustituir a las que van desapareciendo, vencidas por la agresividad victoriosa de las nuevas realidades. No. Lo sabio es aceptar el fenómeno en su fatalidad y trabajar porque las muchedumbres, cada vez más dueñas de sí mismas, se capaciten en esa delicada tarea. Hay que ayudar a ensanchar el cauce y no imaginar barreras artificiosas que sólo podrán lograr que la mansa corriente se convierta en tempestuoso torrente. La sustitución de unos ídolos por otros, no significa un progreso sustancial, desde que el resultado es el mismo o semejante, al provocar fenómenos correlativos con el material de los factores semejantes.

Esta segunda parte de “Ariel” termina con una especie de golpe teatral. “Al mismo tiempo que conciliará aquellos dos grandes resultados,— dice — de la observación del orden natural, se realizará dentro de una sociedad semejante la armonía de los dos impulsos históricos que han comunicado a nuestra civilización sus caracteres esenciales, los principios reguladores de su vida.

Del espíritu del cristianismo nace efectivamente el sentimiento de igualdad viciado por cierto ascético menosprecio de la selección espiritual y de la cultura. De la herencia de las civilizaciones clásicas, nacen el sentido del orden, de la jerarquía y del respeto religioso del genio, viciado por cierto aristocrático desdén de los humildes y los débiles. El porvenir sintetizará ambas sugerencias del pasado en una fórmula inmortal". He aquí a lo que llega Rodó después de veinte páginas de prosa rítmica en que sostiene la necesidad de conservar el orden por el acatamiento a la jerarquía. Ese final, indeciso como todos sus finales, prueba acabadamente su imposibilidad para señalar normas oportunas y verdaderamente renovadoras. No encuentra nada mejor que fusionar el igualitarismo puramente espiritual de los cristianos con el orgulloso individualismo de los griegos. Difícilmente se encontrará una manera más cómoda de no decir absolutamente nada, de dejar el problema totalmente en pie sin haber hecho otra cosa que rodearlo de frases amables y floridas. He sostenido antes que la humanidad moderna aun cuando derivada, — claro está, — de las antiguas, no sólo debe tener su originalidad sino que ya la tiene, y bien visible. Es necesario haber vivido como Rodó exclusivamente entre los cadáveres dejados por la historia para no encontrar una solución adecuada fuera del ejemplo que han dejado los hombres que fueron, y que cumplieron su destino sin pensar en su porvenir sino en su presente, sin la pretensión de dejar

orientaciones insustituibles que los perpetuaran a través de los siglos.

Estamos en la tercera y última parte de "Ariel", la más importante de todas en mi concepto. En ese ataque decidido y hasta sorprendente en un cerebro que quiere ser tan equilibrado como el de Rodó, está la razón fundamental, el núcleo palpitante del libro. Se adivina fácilmente que la intención primogénita de Rodó al escribirlo, fué la de vapulear sin consideración a la gran democracia del Norte, en la que tan injustamente cree avizorar algo así como el atalaya de todos los defectos individuales y colectivos de que aconseja huir a la juventud hispano-americana. Si observamos la fecha de la primera aparición de "Ariel" comenzaremos a darnos cuenta del propósito que guió su mano. Allá en 1898, a raíz de una guerra rápida España fué derrotada por los Estados Unidos de Norte América, pueblo pacífico por excelencia pero incomparablemente más fuerte y más rico que aquélla. Rodó, como otros muchos, sintió bullir en sus venas la sangre hispana — que la tenía en gran cantidad, — y con un criterio mucho menos acertado que aquellos españoles que a raíz del desastre proclamaron valientemente que tales desgracias eran efecto de los propios errores y que lo que correspondía era regenerarse para merecer, — la emprendió contra el amenazante imperialismo de los robustos yankis, intentando detener en parte de la juven-

tud de Hispano-América el justísimo movimiento de imitación que se dibujaba después de la resonante victoria. "Ariel" apareció en el preciso momento en que una reacción apasionada se producía en todo el mundo latino contra los avances de la América sajona, tan bien pertrechada por la inteligencia y la laboriosidad de sus hijos para vencer en todos los combates de todas las contiendas. Con sus ataques a los Estados Unidos y sus incitaciones a una austera disciplina intelectual, llenó hasta cierto punto las necesidades del momento ante cierto conjunto de opinión para el cual constituyó de inmediato un sonoro evangelio y una bella bandera. Cedió a un prejuicio antiguo y fácil cuyas primeras raíces se hincan en el fanatismo de las muchedumbres cristianas y no encontrando otra cosa, arrojó a los norteamericanos "su imposibilidad de satisfacer a una mediana concepción del destino humano" por culpa de su utilitarismo grosero y enervador, lo cual no es sino un lugar común indigno de un escritor de la talla de Rodó, agregando que "huérfano de tradiciones muy hondas que le orienten, ese pueblo no ha sabido instituir la idealidad inspiradora del pasado con una alta y desinteresada concepción del porvenir".

Bastan esas dos citas para comprenderse de la injusticia flagrante de la empresa que intenta hacer prosperar Rodó bajo el símbolo immaculado e inquieto de Ariel. Son dos prejuicios puramente personales, dos afirmaciones gratuitas y apresuradas sobre las que quiere edificar, inútilmente,

el castillo de su censura implacable al gran pueblo. Vuelve aquí otra vez a manifestarse la mayor debilidad de Rodó: su desconocimiento de la realidad y su exclusiva deconcentración libresco. Parecen haber sido escritas para él las palabras del malogrado escritor cubano Jesús Castellanos a Manuel Ugarte respecto a la campaña de éste contra la república yanqui: "Ahora sólo le falta a su plan de viaje una escala final que por insignificantes quizás olvidó: la visita a los Estados Unidos, a la propia garganta del lobo. Contésteme con honradez el gran escritor: ¿creo que se puede juzgar de los rumbos de Washington desde Bogotá o Tegucigalpa? Dios le guarde, querido Ugarte, del prejuicio, venda de las más perspicaces pupilas". El prejuicio vendó las pupilas de Rodó y le hizo escribir esas páginas exageradas que desdichan en él aquella serenidad mental que quiso erigir como característica sustancial de su filosofía. Hace, ciertamente, alguna justicia a los adelantos materiales a que han llegado los hijos de la gran democracia del Norte, pero lo hace deliberadamente para que se destaquen con mayor nitidez los defectos que señala más adelante. Eso de que la civilización norteamericana no satisface ni a una mediana concepción del destino humano es una afirmación totalmente personal que no tiene ningún punto de apoyo ni nada representa más allá de los labios que la han pronunciado. Toda vida tiene su profunda significación filosófica, y aún aquellas que no poseen nociones de lo que son, ni de lo que esperan, ni de lo que existe, marchan

empujadas por los mandatos oscuros y misteriosos de la subconciencia. El pueblo norteamericano concibe el destino a su manera, en la acción fecunda y creadora, en el aprovechamiento de todas las energías de la naturaleza, desde las más escondidas hasta las más palpables. Ha hecho de la rapidez, del bienestar, de la actividad no los objetos en sí, sino los instrumentos más poderosos de la vida. Que la concepción, al parecer dogmática que tiene Rodó del destino humano no concuerde con la del gran pueblo, no puede ser motivo de desdén para éste y mucho menos una razón para que se prohíba la aquilatación de sus méritos y para que se vea su ejemplo a la adaptación de sus métodos útiles y fecundos. No hay que olvidar que estamos en la misma época, que la civilización impone, al universalizarse, una nivelación creciente de medios, costumbres, y hasta maneras de pensar y sentir. Triunfan los pueblos enérgicos, activos, laboriosos y perseverantes como los Estados Unidos, Inglaterra o Alemania. Es pueril suponer que ese triunfo es un hecho deshonesto, cómoda explicación e ingenuo consuelo simplemente verbal, para conformar a los impotentes, incapaces de emprender la lucha en la más libre de todas las competencias.

La segunda de las censuras que citamos, la de que el pueblo norteamericano, huérfano de tradiciones muy hondas no ha sabido instituir la idealidad inspiradora del pasado junto a una alta y desinteresada concepción del porvenir, es extraña también en un escritor como Rodó. Suponien-

do que la tradición sea una fuerza imprescindible en el desarrollo de las sociedades, ningún pueblo americano la tiene más variada, más rica y más honrosa que los Estados Unidos. Tradición social, religiosa, política, ética, ¿en qué terreno de estos puede compararsele ni desde una lejanísima distancia cualquier otro país de su edad? Desde el estallido de la revolución separatista de 1776, ¿qué otro pueblo de América ha emprendido y llevado a cabo, no ya sus hazañas materiales, despreciadas por estos nuevos Catones, sino espirituales y morales? Mientras los países hispanoamericanos, a los cuales quiere defender Rodó celosamente de la imitación norteamericana, no han logrado realizar nada sólido en actividades de orden mental y son todavía, y lo serán por mucho tiempo aún, un palenque de lucha entre la anquilosis que heredaron del coloniaje español y las corrientes de renovación europeas, importadas sin plan ni concierto, los Estados Unidos tienen ya su personalidad propia y definida que se robustece paulatinamente y se perfecciona como un diamante al que cada día que pasa se le arranca una nueva faceta. Religiosidad sin fanatismos torpes ni ridículos, tolerancia con las ideas ajenas, optimismo irreductible que se traduce por una audacia creadora sin precedentes en ninguna historia, amor a la justicia que plasma, fuera de las sonoridades huecas de nuestros discursos, en una guerra gloriosa para librar a los esclavos de los Estados de la Unión de origen franco-español y en la doctrina de Monroe que pone frente a la vora-

ciudad de las apollilladas monarquías de Europa la altiva protesta de la joven América.

¿Cómo ha caído Rodó, — dejándose llevar por impulsos tan distintos a la reflexión, — en un prejuicio común, propio de superficiales espíritus incapaces de dirigir a las cosas una mirada profunda e investigadora? El pueblo norteamericano de Rodó no se diferencia mucho al pueblo español que pintan algunos, caracterizado en un fraile áspero y flaco, un torero viejo y lamentable, una manola que sonríe con su boca gruesa y voluptuosa; al pueblo francés representado por una horizontal refinada y morfinómana, sacerdotisa del vicio y de la corrupción; al pueblo hispanoamericano que es aún para la mayoría de la opinión del viejo mundo una montonera semi-negra, semi-india, ávida de matanza e incendio, que lleva sobre las largas picas que emergen, las cabezas sangrientas de sus adversarios. Es muy fácil pero muy erróneo también juzgar a un pueblo por una sola característica, aún cuando como en el norteamericano parezca a simple vista adquirir proporciones de completa absorción de todas las demás actividades. Tal prejuicio en el que caen casi todos, pero en el que nunca debió haber caído Rodó, está risueña pero exactamente tratado en un artículo firmado por S. Key Ayala y que copio de la famosa revista venezolana "El Cojo Ilustrado", de 1912: "El Benjamín de los dólares solo conoce el cliché. El cliché exhibe a todo un pueblo consagrado a la caza del dólar. De París, de Londres, de Madrid, de cada pueblo que visi-

ten — ¿no es verdad Paul Groussac? (1) — no traerán sino lo que llevarán por adelantado: el cliché. De Nueva York, el cliché de Nueva York, que aplican además a toda la Yankilandia. Ignoran cuantos millones invierte esa Yankilandia en el comercio de libros y como desaparecen las ediciones de obras sino siempre de arte por lo menos de literatura. Saben, — y eso les basta, — que el yanqui es una máquina de ganar dólares pero ignoran los millones que los Carneggies destinan a instituciones que nuestros prácticos juzgan líricas sin apelación. Saben que hay en Nueva York casas de treinta pisos pero ignoran que allí existió Walth Witmann, un poeta alto de cuarenta pisos. De los "trusts" conocen el manejo y los manejos, pero ignoran cuantos millones moviliza la beneficencia norteamericana. Saben cuantos millones consumió en su naufragio el "Titanic", pero ignoran el gesto gallardo con que los multimillonarios yanquis supieron redimir sus locos alardes de riqueza. No era, ciertamente, una mera máquina de ganar dólares el americano Astor que pudo arrancar a Maeztú ese grito de convicción: ¡era un hombre!"

Rodó niega al pueblo norteamericano una capacidad mental propia para producir una civilización superior, apta y digna de la imitación. Observaré que el escritor no contó con el factor tiempo, como aquel que quiere edificar una casa y olvida la piedra con que construirla. Claro está

(1) Esta pregunta es del autor del presente artículo.

que desde el punto de vista de la intensidad de la cultura, — único fenómeno que parece interesar a Rodó entre los mil de que se compone la vida social, — los Estados Unidos tienen que ser, fatalmente, muy inferiores a los pueblos de larga vida en los cuales la cultura se va heredando, generación a generación, y los que a su vez recibieron la cultura de otros pueblos ya desaparecidos que les legaron sus enseñanzas y sus experiencias. Comparar dos realidades sabiendo de antemano que en el terreno de la comparación una tiene que ser necesariamente inferior, es infantil. Pero en esa misma inferioridad cultural sobre la que insiste Rodó, con tan malevolente intención, en esa falta de tradición estática, de firmeza en los ideales, de una ya definitiva concepción del destino humano, está a mi ver en los Estados Unidos, toda su superioridad no ya sobre sus hermanas continentales, sino sobre las mismas sociedades europeas. Los Estados Unidos son la juventud bulliciosa, emprendedora, limpio el cerebro de tradicionales telarañas, limpios los brazos de estúpidos obstáculos seculares. Es la vida vibrante, toda nervio y músculo, toda inteligencia creadora y generosa dadivosidad. Ese pueblo que se siente joven y entero, alegre y afirmativo, sano y libre, se ha lanzado de lleno, en un combate maravilloso con la Naturaleza, multimillonaria también que lo amamanta, a la conquista de la verdad por el camino de la acción y no por el de la meditación. Pero no por eso — contra lo que afirma Rodó, — ha dejado de dedicar a los pro-

blemas espirituales el valor que ellos tienen en la vida de los hombres y de las colectividades. He aquí lo que dice una opinión tan respetable como la de Emile Boutroux resumiendo las impresiones de su viaje a la gran república en 1914: "El siglo último ha desenvuelto hasta lo infinito en Norte América el poderío material; pero se preocupan, sin embargo, de transmutar la materia en espíritu. Es por eso que se da tanta importancia a las escuelas y que el objeto quizá esencial de las preocupaciones de hoy es la educación. Notemos que por ese término, los ingleses entienden: instrucción, mientras que nosotros los franceses entendemos: educación. Los norteamericanos están convencidos de la potencia casi ilimitada de la educación. Y aguardan de ella la formación de un alma propiamente americana. No se trata para ellos, al solicitar lecciones de los profesores de otras naciones, de copiar o de pedir prestado lo que otros hayan hecho, sino de asimilar y transformar esos elementos extraños en vista de una nueva síntesis". Y el gran filósofo francés cita más adelante, una estrofa de Henry Van-Dyke que resume el espíritu norteamericano demostrando precisamente la excelencia de lo que censura Rodó. "Yo sé que Europa es admirable, — canta, — pero creo que tiene un defecto: el pasado ejerce en ella demasiada presión y las gentes miran hacia atrás". Los norteamericanos de Boutroux nos aparecen pues, bastante distintos a los de Rodó, preocupados noblemente en la formación de un alma nacional, cuyas característi-

cas angulares están ya robustamente perfiladas, tarea que realizan alegre e inteligentemente por el estudio sereno de las tendencias espirituales de los demás pueblos a los cuales no temen y de los cuales saben extraer lo conveniente. A través de los versos de Van-Dyke, son los fuertes y entusiastas obreros del porvenir, libres del pasado, esa gran cadena que malogra tantas energías con su losa pesada y su opio traicionero y fantasmagórico. La tradición no debe interpretarse jamás como una causa sino como un medio. Los pueblos que la respetan en superticiosa adoración se estancan irremisiblemente y se pudren en la inmovilidad como carroña al sol. La vida es, esencialmente, movimiento, y movimiento es inquietud, renovación, novedad. La tradición quiere definirse como un lazo social que nos une a nuestros antepasados, a través de los abismos del tiempo. Pero es siempre un lazo. Para avanzar en cualquier sentido hay que violarla siempre. No podemos renegar en absoluto de ella, pero hemos de marchar no paralelamente a su ritmo extinto, sino hiriéndola constantemente. Al aprovechar sus prolongaciones todavía vitales, la deformamos para poderla acomodar a las nuevas e imperiosas sollicitaciones. La vanidad nacional, ese sentimiento de que se dejan arrastrar amenudo nuestras repúblicas, crea todos los días nuevos héroes tradicionales atribuyéndoles hazañas que jamás cumplieron, sentencias que nunca pronunciaron. Después de erigidas esas creaciones efectistas a las cuales se les rodea de todo el oropel y la churriguera de que

se pueda echar mano, esos héroes comienzan a disputar sobre quien es más glorioso, sobre el que realizó empresas más formidables o soñó con realizaciones más vastas. La obra, emprendida con una seriedad emocionante termina en indigno sainete. Gracias a esa ridícula egolatría, gracias a esa obra de falso y palurdo patriotismo, Bolívar y San Martín se miran llenos de odio, no como colaboradores de una misma obra emancipadora, sino como irreconciliables rivales prontos a irse a las manos. Las proporciones de uno y otro o se elevan hasta perderse de vista y se hunden en la nada, según que el que los contempla se encuentre en Bogotá o en Buenos Aires. Una literatura histórica deformada por criterios unilaterales y estrechos, crea así una tradición totalmente artificial sobre la cual, más tarde, domines obtusos suponen que se podrá levantar el edificio de nuestra civilización.

Los pueblos nuevos ni tienen tradición ni necesitan crearse artificialmente una. He ahí lo que ha olvidado Rodó al juzgar a los Estados Unidos. A no ser que consideremos justo el orgullo de los petimetres de sangre azul en cuyo orgullo sólo humea el recuerdo de las hazañas de sus antepasados y jamás brilla el mérito de las propias, debemos felicitarnos de que nuestra historia sea tan corta que todo esté aún por hacer ante nuestros brazos impacientes y ante nuestra voluntad que ansía el estímulo del obstáculo para endurecerse y para fecundar. No hay otra altivez legítima que la de la propia obra cumplida. Todo lo

demás es satisfacción parasitaria y humillante. Cada héroe tradicional ensalzado hasta el frenesí se asoma desde su paz e interroga con espinosa ironía: — ¿Y vosotros, qué dejaréis?. En la acción, no como un fin sino como un arma, está la justificación soberana de nuestras vidas. Los muertos nos impiden movernos a nuestro gusto, son demasiado exigentes, y, sobre todo, no pueden volver a moderar ciertas admiraciones despampantes que creemos sentir por ellos. El secreto de nuestra fecundidad, reside en que el pasado ocupe poco lugar en nuestras horas. Enseña más un minuto de presente que un año de ayer. Hay que moverse armoniosamente en el tiempo y no contra él, ni fuera de él. Y si lo hacemos habremos sembrado en un erial. ¿Qué es lo que caracteriza la juventud en los organismos sino la ausencia de pasado?

“La idealidad de lo hermoso no apasiona al descendiente de los austeros puritanos. Tampoco le apasiona la idealidad de lo verdadero. Menosprecia todo ejercicio del pensamiento que prescindiera de inmediata finalidad por vano e infecundo. No le lleva a la ciencia un desinteresado anhelo de verdad, ni se ha manifestado en ningún caso capaz de amarla por sí misma”. He aquí un cargo de Rodó que puede aplicarse, íntegramente, a todos los pueblos de la tierra sin exceptuar uno solo. ¿En qué pueblo del mundo apasiona la idealidad de lo hermoso? Sería cuestión de preguntárselo a Larra, Wilde, Flaubert y a todos aquellos que han sido una protesta vibrante contra la

mediocridad que los ha rodeado. ¿De qué nacionalidad es Mr. Proudhomme, prototipo de la estupidez trascendental? “No puedo salir a la calle. — confiesa Zola, — sin que a cada paso tropiece con dos imbéciles”. ¡Y eso en París, no en Nueva York ni en San Francisco! La injusticia de Rodó se hace más patente cuando se piensa que la idealidad de lo hermoso no ha apasionado jamás sino a una minoría reducida especialmente conformada para ello. Y llega al colmo, cuando para probar la inferioridad del pueblo norteamericano, dice: “El arte verdadero sólo ha podido existir en tal ambiente a título de rebelión individual. Emerson y Poe son dos ejemplares de una fauna expulsada de su verdadero medio por el rigor de una catástrofe geológica”. ¿Y dónde irán? ¿Irán acaso a la Alemania de Heine?, ¿a la Francia de Verlaine y de Bloy?, ¿a la Inglaterra de Byron?, ¿a la Rusia de Puskin?, ¿a la América española de Montalvo, de Alberdi, de Juan Carlos Gómez, de Julio Herrera y Reissig? Poe fué un poeta inadaptable a cualquier ambiente, un alucinado que vivía en un mundo aparte. En cuanto a Emerson, ignora Rodó que es el filósofo más admirado y mejor comprendido en los Estados Unidos de hoy y que no fué, en forma alguna, un extraño en su país. Y aún cuando ambos hubieran tenido que luchar contra la incompreensión del ambiente, ¿no es éste un fenómeno regular en todas partes? ¿Vamos a catalogar dentro de la estupidez a Alemania porque silvó a Wagner, a Noruega porque se escandalizó de Ibsen, a Francia porque lanzó

al suicidio a Bizet, a España porque dejó morir en el más grande silencio a Becquer, a Inglaterra porque rió de Burne Jones y su escuela? Todo artista original chocará necesariamente contra la costumbre y el prejuicio, en los Estados Unidos como en cualquiera otra parte. No es esa una razón valedera para condenar a todo un pueblo.

En ese párrafo, Rodó emplea la palabra "desinterés". Ninguna otra está repetida en "Ariel" un número de veces semejante, — salvo quizá algunos nombres que apuntalan su doctrina y vigilan su erudición: Renán, Taine, Guyau, Emerson, — ¡viejas sombras a las cuales debemos sino obediencia, por lo menos cariño! — En la prédica de Rodó, la palabra "desinterés" adquiere un aspecto sobrenatural y es algo así como el "fiat" en labios de Jehovah o el "tabou" en la boca de los polinesios. Es una palabra sagrada que no puede pronunciarse sin cierta unción y hasta sin cierta "pose", entornando los ojos, entrecabriendo los labios y manteniendo el cuerpo en una actitud de digna rigidez. Para él, todo lo interesado es bajo, material, inferior, despreciable. Lo desinteresado, en cambio, alto, bueno y hermoso. Si nos atrevemos a emprender una pequeña excursión por los dominios todavía tenebrosos de la psicología encontraremos en el interés no sólo uno de los impulsos sino el único móvil de las acciones humanas, como que no es otra cosa que la relación existente entre el hecho en sí y su consecuencia inmediata o futura. Toda acción tendría su razón de ser en sí misma, si no se ex-

tendiera en el tiempo, como la luz en el espacio, en una o en varias direcciones. Si aquello sucediera, el desinterés sería posible y lógico. Pero es imposible e ilógico. El egoísmo, según lo observa Le Dantec, es la base biológica de la vida tanto en los seres simples como en las colectividades. Y lo es tanto en los que no obran sino en vista de ulteriores provechos como en los que se creen impulsados solamente por sentimientos superiores y suponen que se libentan de las leyes imperiosas del instinto. Al egoísmo del individuo, hay que agregar el egoísmo de la especie, cuyas manifestaciones pueden dar lugar, a veces, a fáciles alucinaciones de mentiroso altruísmo. Amor a sí mismo, amor a la Humanidad, amor a Dios, todo eso no es sino nombrar de un modo distinto el mismo fenómeno. El desinterés puro no sólo es un imposible sino que a existir, llegaría a lo absurdo. No se modifica nada sin interés de hacerlo. Si no existiera el estímulo embriagador del triunfo que hace sonreír en el porvenir quiméricas e indecisas esperanzas, el mundo se estancaría como las aguas pesadas y muertas del Asphaltites, malditas por Jehovah. Ningún esfuerzo podría justificarse así; no habría aliciente para el heroísmo ni para el sacrificio, y ni siquiera razón de vivir. Rodó no puede referirse, bien lo comprendo, a ese desinterés interpretado en general, y cuando de él habla se refiere al interés material, al objetivo, el que se traduce ante todas las ambiciones por brillantes monedas de oro. Cuando predica el desinterés tiene sólo en vista la transacción comer-

cial, el plan del mercader que pesa las probabilidades de atraer a su arca el dinero omnipotente y corruptor. No cree que la juventud deba empañar el cristal de su frescura con el cálculo indigno, ni correr tras el espejismo de las bajas satisfacciones de la carne. Las ambiciones puramente espirituales, los sacrificios que no dejan más satisfacción que la del deber cumplido, la sana alegría del que se siente puro y fuerte, generoso y fecundo, deben orientar la vida y encarrilarla dentro de austeros caminos. El desinterés ante la paga y la prebenda debe empujar las acciones, dándoles un prestigio de limpia nobleza que sea para ellos como una aureola de inmarcesible santidad. Sólo los ideales extraños a los groseros apetitos instintivos darán relieve a nuestras almas asaltadas por los tres enemigos clásicos, ante los cuales la mayoría sucumbe.

Estamos, casi, en pleno mesianismo. Aconsejar a los hombres el desinterés material, es predicar en desierto, es violentar nuestra naturaleza. Condenar la inclinación natural del hombre a satisfacer todas sus necesidades y a prevenirlas, es suponer que puede llegar a ser una especie de ángel, según lo imaginan ingenuas mitologías. La filosofía, sobre todo la que tiene la ambición de ser un evangelio de acción, no debe colocarse fuera sino dentro de la vida. De ahí el fracaso de tantas construcciones puramente subjetivas que se han levantado como edificios sobre la arena. Todos los grandes movimientos colectivos han sido espolcados por causas materiales, desde los cataclismos

religiosos iluminados por carnales esperanzas de una vida feliz en el cielo, hasta los porfiados combates modernos en que las muchedumbres, desdeñando la vida extraterrena, exigen su bienestar en este mundo. Hay una gran distancia aparente entre las exigencias del salvaje de cerebro rudimentario que obedece a un número limitado de sollicitaciones y las del europeo que ha llegado a variarlas hasta el infinito. Pero en su punto originario, en su sustancia fisiológica y psicológica el proceso es el mismo y ambos marchan obedeciendo a idéntica fuerza que viene desde las tenebrosidades inexploradas del instinto: la de su conservación, la de su persistencia. Si analizamos y descomponemos serenamente los ideales que parecen estar más alejados de los fines materiales, encontraremos que no son otra cosa que eso y que bajo un aspecto distinto, se oculta la satisfacción de parecidas necesidades. Deberíamos volver al absurdo criterio dualista para tentar una diferenciación entre altos y bajos intereses; admitir dos vidas en nosotros, la espiritual y la carnal y suponer que los intereses de una están en oposición con los de la otra. Mi opinión es distinta; creo en la coordinación y no en la oposición; en la unidad y no en el dualismo. Creo que no hay nada innoble en la vida humana fuera de lo que va contra la vida misma, de lo que tiende a disminuirla, a empequeñecerla, a restarle variedad, a evitar que cumpla con las leyes fatales que la rigen. Son sus enemigos la miseria, la ignorancia, la esclavitud, la enfermedad, la tristeza. Y el interés, —

sea cual sea, que para mi la vida no tiene sino un solo interés, — es su condición primera y última, el invisible fluído que la anima, pule sus ángulos y la hace fecunda como a una mujer.

Toda la enemistad de Rodó contra los Estados Unidos se apoya en ese error inconsistente, originado por un prejuicio medioeval hecho carne en su cerebro. "Utilitarismo vacío de todo contenido ideal, vaguedad cosmopolita, nivelación de la democracia bastarda", he ahí las palabras que Rodó emplea para profetizar el porvenir de la gran república del Norte. No han dicho nada más humillante ni Ugarte, ni Blanco Fombona, esos dos incansables apóstoles de la causa anti-yanki. Difícilmente podría encontrarse en boca de esos dos censores desprecios más profundos, condenas más severas. Por eso quiere salvar a la juventud de Hispano-América poniéndola en guardia contra las características de aquel gran pueblo, esa febril actividad preferentemente material, ese espíritu democrático que cada día respeta menos jerarquías, esa falta de solidez nacional producto de una emigración formidable que año a año recibe en sus puertos abiertos a todas las rutas del mar. Allí no prospera como una flor de invernadero ese desinterés aristocrático del hidalgo o del ateniense que protesta a la vida una significación especial y la circunda con un nimbo de santidad. Todo se pesa, se mide, se calcula, se previene. Ningún servicio deja de tener su recompensa material y en la lucha social, los combatientes no tienen siquiera necesidad de ocultar sus ambiciones, a las que muestran en

su íntegra desnudez. Refractario al ocio, — que para Rodó es la más pura de las actividades humanas, — no comprende el descanso, y' a semejanza del legendario Asheverus que castigado por Dios había de andar y andar siempre, sin que tuviera un minuto compasivo para sus pobres pies desgarrados y sangrientos, este pueblo parece también expiar un crimen en el castigo de no descansar un instante, en tensión todos sus músculos, vigilante su ímpetu nunca satisfecho, poseído por una especie de demencia creadora que da resultados portentosos que asombran al mundo. Williams James, se ha visto en la necesidad de predicar el evangelio del abandono a sus compatriotas, incitándolos al reposo espiritual y aconsejándoles, "aquella bendita confianza interior que Spinoza solía llamar "asqueseentia in se ipso", que brota de cada uno de los elementos del ser humano, bien nutrido, impregnando su alma de satisfacciones, dejando a un lado toda consideración sobre su utilidad mecánica, un elemento de higiene espiritual de suprema importancia".

Aquí parecen coincidir Rodó y James, que no sólo es el primer pensador contemporáneo de toda la América, sino también el filósofo representativo de su país. Pero toda coincidencia se evapora así como reflexionamos un momento sobre cual es el público al cual uno y otro se dirigen. Es necesaria en la gran república resonante de actividad la predica de la utilidad fisiológica y espiritual del descanso, del abandono higiénico y refrescante. Pero es contraproducente y absurda en sociedades como

las nuestras, corroídas por una excesiva e infecunda pereza en todos los órdenes de la vida, hasta en la mental, que se traduce en un literatura hueca y frondosa, en una política indecisa y sin relieve, en un individualismo rabioso y exasperado que malogra los más prometedores movimientos solidarios; en una inanición muscular y económica que nos mantiene débiles y míseros en medio de la más vasta acumulación de tesoros de que ha sido capaz la Naturaleza. James apunta un defecto nacional y a él va, directamente, armado de su limpia intención. Rodó, al contrario, va a buscar los defectos de un país extraño y los expone ante la juventud hispano-americana para que los evite. ¿Es qué hemos llegado a un estado tal de perfección que nada se encuentra en nuestras sociedades que combatir, nada que extirpar, nada que transformar? James predica el abandono en el país de la actividad. Rodó aconseja el ocio en el país de la pereza. El resultado no es difícil de preveer. La actitud del filósofo de "Ariel" no sólo aparece errónea y poco feliz sino hasta poco honrada. No solamente contribuye a justificar y hasta robustecer los vicios nacionales sino que intenta crear un odio nuevo hacia una nación americana que no merece sino el tributo de nuestra simpatía y de nuestra admiración. Doble falta que hay que señalar con toda energía para que no prosperen a la sombra de un libro de un escritor como Rodó, desahogos de raza y tendencias suicidas que inspiran hoy en día la propagnada de algunos pseudos apóstoles que buscan en el sensacionalismo y en la vi-

rulencia de su prédica un renombre que no supieron o no pudieron conquistar por vías más rectas y procedimientos menos dudosos.

Rodó afirma que actualmente nada hay en el pueblo norteamericano digno de imitación. "Esperemos — dice — que de la enorme fragua surgirá, en último resultado, el ejemplar humano y generoso, armónico, selecto, que Spencer en un ya citado discurso creía poder augurar como término del costoso proceso de refundición. Pero no le busquemos en la realidad presente de aquel pueblo, ni en las perspectivas de sus evoluciones inmediatas" ¿Deben, pues, ante la curiosidad hispano-americano pasar en la mayor indiferencia los resultados de la formidable labor yankee en todos los órdenes de la laboriosidad creadora? No se trata ya, de repetir estúpida y ciegamente a un sólo pueblo como el norteamericano que ha demostrado ser el más apto de todos para la vida contemporánea, sino que el pensamiento de Rodó, lo niega totalmente al análisis curioso de nuestra juventud, apartando de sus ojos su ejemplo y sus éxitos. No puede imaginarse nada más injusto, más parcial, más negativo. Los intereses de la civilización son semejantes en todos lados y los pueblos no prosperan sino empujados por idénticas sollicitaciones. Cerrar las fronteras del espíritu a las corrientes que de fuera llegan es conspirar conscientemente contra el bien de los pueblos. Las naciones no están, como en la antigüedad, cerradas a cal y canto.

celosas de las características de su civilización especial, cada una con su religión, su derecho, su ética, su arte. Ya no hay más que una sola civilización que bate hasta en sus últimos reductos las particularidades regionales y estáticas que nos legó el pasado. Esto podrá ser considerado con dolor por los infaltables Jeremías de siempre, pero es fatal. El internacionalismo es un hecho indiscutible e inevitable. Las fronteras han sido borradas, — salvo en el orden político, — y hasta en ese mismo carácter están prontas a desaparecer para siempre. El intercambio de ideas es tan intenso como el comercial, y las costumbres, producto del mismo género de vida, adquieren cada día mayor uniformidad. El pueblo que resiste a la gran ola niveladora se estanca dentro del estrecho marco de su egoísmo y sigue, penosamente, a retaguardia de los que, más dúctiles, han sabido abandonar a tiempo los estorbos tradicionales y entran sin vacilaciones en la gran corriente moderna. Sin que los Estados Unidos puedan constituir una norma única ante nuestra ansia de mejoramiento, ante nuestra ambición de cumbres, es indiscutible que pueden ofrecernos utilísimas enseñanzas, experiencias bien depuradas, métodos y procedimientos y hasta orientaciones ideológicas que ignoraba Rodó, pues no se puede admitir que a conocerlas, hubiese, deliberadamente, pasado por alto sobre ellas hasta el punto de confundir al pueblo norteamericano con una masa anónima y torpe, empujada únicamente por bajos instintos, masa sin relieve y sin profundidad, sin historia y sin futuro.

Rodó afirma, como Blanco Fombona, que los Estados Unidos son un país refractario a las artes, y en eso se basa toda su censura al gran pueblo. Ese punto de vista unilateral es injusto en dos sentidos: primero porque, en general, todos los pueblos, toda las masas sociales del mundo, sienten por el arte una atracción muy relativa, y segundo, porque en el balance de intelectuales dignos de ese nombre, ninguno otro de América y pocos en el mundo presentan en un período tan corto de existencia tantos nombres ilustres, tantos creadores de intensa influencia, dentro y lejos de las fronteras nativas. Aquí, es imprescindible repetir todo un párrafo del profesor argentino Alfredo Colmo, ya que de mi parte tendría que hacerlo con casi las mismas palabras: "Decidme que país de América latina puede ostentar en poesía un Poe, un Longfellow o un Walt Whitman; en historia a un Brandcroft, un Irving, un Prescott; en Derecho un Story o un Marshall; en ciencias físicas un Rumford, un Morse, un Graham Bell, un Hughes o un Edison; en pintura Whistler; en ingeniería a toda esa audaz creación de edificios imposibles, de puentes inimaginados, y de la complejísima maquinaria industrial; en Psicología a un Baldwin o un James; en Sociología a un Giddings o un Ward; en educación a un Horacio Mann; en Filosofía a un James o a un Emerson (1). Decidme que país del

(1) A estas citas hechas por el profesor Colmo añadiría las siguientes sin tener tampoco la pretensión por eso de haber agotado el tema: en escultura a Saint Gaudens; en pintura a Alexander y Sargent; en dibujo a

mundo, — no ya de América, — puede alardear de un sistema educacional más admirable que el de los yankees. Decidme que país del mundo es menos utilitario que los Estados Unidos, donde la beneficencia privada, las instituciones solidarias y altruistas han sido llevadas a expresiones nunca vistas ni soñadas, en hospitales que son una maravilla, en asilos y refugios que son una gloria, en bibliotecas, universidades y establecimientos educadores de todos los órdenes que son la apoteosis de lo que hay de más desinteresado y superior en la gama de las idealidades humanas”. ¿Es un pueblo indigno de servir de ejemplo ese que tiene ya en el orden concreto del pensamiento todo un método filosófico original, el pragmatismo, cuyos principios han sido aceptados por las escuelas de la vieja Europa hasta contribuir en ella, en primera línea, al remozamiento de las ideas? Esa filosofía americana, cuyo lejano precursor fué Franklin y cuyos nombres más ilustres son los de Sprage Peirce y Williams James, ha venido a dar un vuelco en el pensamiento universal desorientado entre la metafísica especulativa de Hegel, el misticismo positivista de Comte, y el descarnado materialismo de Haeckel. ¿No están los Estados Unidos, por ese solo hecho, a la altura intelectual de Francia, Inglaterra y Alemania, y a cien codos sobre nuestra América Latina, tan pobre en ideas directoras, hasta el punto de tenerlas que mendi-

Gibson; en literatura a Bret-Harte, Mis Harriet Stowe, Hupton Sinclair, Fenimore Cooper, Washington Irving, Marek Twain; en Sociología a Small, Patten, Ross, Dealy y Wilson; en educación a Dewey; en Economía Política a Henry George y Seligman; en ciencias a Fulton y Tylor.—N. del A.

gar en otros mercados? No hay orgullo más ridículo que el de lo miserable, lo débil y lo feo ante lo rico, lo fuerte y lo bello. Sólo el raquitismo espiritual puede vedar la admiración por lo admirable, allí donde se encuentre. Pocos pueblos, en el proceso mismo de su crecimiento podrán ostentar en el orden mental, las excelencias de los Estados Unidos, pocos de ellos defenderán su historia con hechos menos reprobables, con previsiones más geniales, con más opulentas iniciativas. Todo el orden admirable que preside en esa, la más grande Babilonia de razas que ha existido en el mundo ¿de qué es obra sino de una sapientísima organización, no orientada seguramente, de un modo exclusivo hacia las actividades estéticas, únicas que sugestionan a Rodó? Esa “vaguedad cosmopolita” de que habla el autor de “Ariel” con tono despectivo es el seno fecundo donde se gesta la gran raza que dominará mañana, no por la fuerza de la fuerza, como lo han hecho siempre las sociedades europeas, sino por la fuerza del trabajo multiplicada por la de la inteligencia creadora. Fáltóle a Rodó — repitiendo la frase de Jesús Castellanos— visitar la misma garganta del lobo. Si así lo hubiera hecho sus palabras serían opuestas a lo que son. El doctor Ernesto Nelson, el eminente educador argentino, describiendo su viaje a los Estados Unidos se expresa así: “Uno de los rasgos que más me impresionaron al llegar a los Estados Unidos, fué la admirable unidad de ideales y tendencias que se descubre entre los hombres, así provengan de los rincones más apartados. En el tren, en la

mesa común de la casa de huéspedes, en los pasillos del teatro, en la reunión ocasional de los sítios públicos, en todas partes se descubre un aire de parentesco que llega a pronunciarse tanto en el espíritu del que observa que desde luego éste se ve en posesión de un santo y seña para facilitar su acercamiento con las gentes. Y esa unidad de espíritu que se exterioriza allí a despecho de la heterogeneidad étnica traída por la inmigración, es lo que hace que cuando la opinión pública no acompaña una tendencia o una idea, puede decirse que estos son antiamericanos." "Los norteamericanos, — dice otra parte del mismo libro, — han descubierto que el principal requisito de la vida nacional es la capacidad para vivir reunidos. De ahí deriva el significado profundo que ha de darse a la palabra "cultura". Por el contrario, la raza latina continúa interpretando ese vocablo en un sentido egoísta, considerándolo un proceso de perfeccionamiento individual a que se llegaría mediante la adquisición de conocimientos de orden intelectual". El doctor Nelson, sin sospecharlo, probablemente, no sólo destruye con estas palabras la leyenda poco feliz de los Estados Unidos pintados por Rodó: "utilitarismo vacío de todo contenido ideal, vaguedad cosmopolita, nivelación de la democracia bastarda", mostrándonos un país completamente distinto, sino que también destruye el prejuicio de que sólo Ariel, es decir, las actividades de orden puramente intelectual, son aptas para marcar rumbos definitivos a la vida humana. ¿No es admirable un pueblo que tiene poco más de

cien años y que ya presenta ante el peregrino curioso que la visita características tan sólidas? Y, sobre todo, ¿no es digno de imitación para nuestras repúblicas hispanoamericanas, que no han adquirido aún, y están lejos de adquirirla, una fisonomía propia? Reconocer las superioridades ajenas es siempre mucho más noble que negarlas, aunque ello suponga el dolor de una confesión que no nos puede halagar. "Frente a nuestros Rozas, Guzmán Blanco, García Moreno y otros tantos tiranuelos sanguinarios — dice José Antonio Ramos, — los norteamericanos pueden oponernos sus Jefferson, sus Adams, sus Lincoln; frente a nuestra politiquilla de campanario y de brabuconerías, ellos pueden mostrar sus plataformas esencialmente económicas y de sabio practicismo; en vez de nuestro sectarismo religioso en pro y en contra, su templado misticismo, lleno de ingenua fe; frente a nuestro aristocratismo de blason y de holgazanería, su aristocracia del dólar y del trabajo; frente a nuestras remotas tradiciones de raza llenas de conquistas y dominaciones brutales y sangrientas, su breve historia y su fuerza actual, no tradicional pero desconcertante, no "gloriosa" pero capaz de aplastarnos con toda nuestra tradición de un solo zarpazo."

Todo esto es tan verdad que ya nadie se anima a sostener lo contrario. La leyenda de la grosería y del materialismo como atributos característicos del pueblo norteamericano se ha esfumado en un océano de ridículo. Y en vez de despertarse un odio vigilante y despectivo hacia Norte América, al re-

vés, cada día se intensifica la admiración y la simpatía de estas repúblicas hacia su hermana mayor del Norte, en la cual no todo es bajo cálculo utilitario como lo pretende Rodó. De ahí que la prédica de "Ariel" haya caído en el más ilevantable de los fracasos, y que su prosa armoniosa suene en nuestros oídos arrojando un error imperdonable que no se puede tolerar en silencio en un autor que tiene sus prestigios justamente conquistados y que por lo tanto puede ejercer alguna influencia sobre el ambiente. Todo "Ariel" está en esa tercera parte, y el propósito íntegro del libro reside en humillar a los Estados Unidos. Quiero pensar que hubo una cristalina sinceridad en Rodó, que en efecto pensaba todo lo que escribió. Pero en ese caso no supo juzgar serenamente a un pueblo que es uno de los orgullos de nuestros tiempos, y, sobre todo, de nuestra América, ni atinó a ver claro en el porvenir. Su espíritu fué inepto para descubrir la realidad del presente, e inepto para intuir el futuro. No fué ni un observador ni un vidente. Hizo mal en salir de su verdadero rol dentro de las letras, de aquel para el que fué dotado suntuosamente por la Naturaleza: la crítica artística y el ensayo literario. Dejóse arrastrar por una veleidad sociológica, arrastrar, eso sí, por lo que creyó, equivocadamente, una buena causa. Siempre hubo en Rodó un espíritu geométrico y reaccionario, un criterio con mucho de colonial, según lo observa acertadamente Ortega y Gasset, clausurado a toda novedad, a toda audacia renovadora, temeroso de nuevos ritmos, apegado a tradiciones y prejuicios

seculares y casi ciego ante la maravillosa palpitación de la hora actual, más llena de milagro y de sugestión, más cargada de opulentas promesas que cualquiera otra de la historia. Sintió horror por todo avance, por todo progreso que rompiera la simetría de lo existente, y conspiró, por lo tanto, contra todo progreso y' contra todo avance, inconcebibles fuera de lo asimétrico y lo disonante. Hay demasiado de Renán en su concepto del mundo y de los hombres, del Renán de la decadencia y de la vejez, amargado y pesimista porque había visto a la realidad castigar incompasivamente a su subjetivismo ingenuo y' poético, creador de vagas y teatrales fantasías. No fué él, ciertamente, otro pesimista, pero ni su doctrina abre a la juventud amplios horizontes ni le marca rumbos claros y definidos. Intenta demoler pero no atina a construir y en su crítica concede más importancia a lo superficial que a lo profundo, a lo visible que a lo sustancial. No quiere significar esto que no haya mucho, muchísimo que hacer en nuestra América, en donde todo está por hacerse, en política, en arte, en sociabilidad. Lo que quiere decir es que Rodó no hizo incapié en uno solo de nuestros defectos y de nuestras imperfecciones americanas, que pasó por alto, sobre todo aquello que hay en nosotros de censurable y' de apto a un progreso o a una mejora. Ni el caudillismo, ni el latifundismo, ni la ignorancia de las masas, ni la miseria irredimible de las poblaciones rurales le distrajeran una sola palabra, le inspiraron una sola protesta. En vez de colocarse dentro, concretamente, de Hispano-América, sa-

lió mas allá de sus fronteras para detener, lanza en ristre, a los gigantes imaginarios del utilitarismo yankee, como si nada hubiera que hacer en casa, como si aquello que defendiera hubiera llegado a los últimos e insuperables límites de la perfección. Por eso su esfuerzo fué estéril aún cuando "Ariel" forma parte de lo mas espontáneo, fresco y viviente de todo lo que escribió. No sólo fué allí su pensamiento más ágil sino también más agradable el estilo, menos pesado y frío que en obras posteriores. Bien se ve que ese Rodó es el mismo que esculpió un pórtico maravilloso al palacio encantado de "Prosas Profanas". La seducción elegante de su prosa y las ideas de aristocratismo veladas tras engañosos juegos de luces democráticos, le atrajeron el éxito entre ciertas clases de la sociedad americana que intentan aclimatar en estas tierras de libertad y de porvenir caducas antiguallas jerárquicas de las cuales el viejo mundo se va liberando lenta y penosa pero firmemente. Rodó fué uno de los últimos defensores del pasado, en nombre de una estética quietista y cadavérica. Menos oportuno que Ruskin, tuvo las pupilas ciegas ante el espectáculo de alta y vigorosa belleza que ofrecen los tiempos modernos y no atinó sino, como hábil copista, a repetir viejas experiencias en vez de lanzarse al riesgo semidivino de los jóvenes ensayos. Por eso he considerado necesario refutar sus doctrinas, por inactuales y erróneas, en la seguridad de que frente a su criterio estático prestigiado por ecos amables de armonías extintas, han de afirmarse con indomable energía los prin-

cipios renovadores y evolutivos por los que debemos combatir y por los cuales nos debemos sacrificar llenos de sonriente alegría, seguros de que con ello llenamos el único rol que nos han impuesto las oscuras leyes de la vida.

Abril de 1919.